

Literatura, culpa y vergüenza

La excelente acogida que tuvo la convocatoria al presente número de *Literatura: teoría, historia crítica* (LTHC) nos confirmó lo imperioso que es el tema de la culpa y la vergüenza, no solo en la literatura, sino también en la vida política contemporánea. Muy actual es el primer artículo acerca de la narrativa checa contemporánea sobre la expulsión de los ciudadanos de origen alemán de los Sudetes checos después de la Segunda Guerra Mundial. El concepto que se usó entonces y se impuso culturalmente fue el de “culpa colectiva” que, según su autor, Jorge Nicolás Lucero, es “una extensión de la responsabilidad de las autoridades de un grupo hacia todos los miembros de dicho grupo”. Mientras que las novelas de la inmediata posguerra reflejaban la narrativa oficial de la expulsión como justa e inevitable, la narrativa reciente se ha aproximado a este evento desde una perspectiva más crítica, desmontando el mito del pueblo checo inocente y explorando en cambio la ambigüedad moral inherente a este suceso y sus efectos. El artículo de Lucero invita a una reflexión sobre la moralidad de la vida política y la facilidad con la que se cae en el esquema maniqueo basado en la división entre culpables e inocentes.

En el segundo artículo, Jaime Puig Guisado enfoca la dimensión política de la culpa desde otro punto de vista: el del intelectual Octavio Paz frente a las atrocidades de los estados autoritarios. El objeto central de su análisis, no obstante, no es el Paz polemista que, en ocasiones, evitó tomar partido frente a la injusticia, sino el Paz poeta que, en su obra, reflexiona sobre esta actitud. En el artículo de Lucero sobre los Sudetes, la historia social y política es presentada de manera directa en las novelas analizadas. En el artículo de Puig, en cambio, esta aparece de manera oblicua, como presión ejercida sobre la forma poética. Heredero del romanticismo, Paz encuentra en la noche la circunstancia propicia para la confesión. Según la lectura de Puig, el desarrollo de la obra de Paz puede describirse como una continua transformación del yo poético. Si en sus poemas juveniles Paz usa “una voz colectiva que buscaba la comunión de la humanidad”, en la obra de los setenta, después de la masacre de Tlatelolco, recurre a una primera persona plural que ya no



es celebratoria ni épica. Al contrario, asume la forma de una recriminación y una autoacusación que, como dice Anthony Stanton citado por Puig, “nace de la conciencia moral de un individuo que sabe que no se opuso al mal”.

Con el artículo de María Isabel Calle se abre en este número de LTHC una sección alrededor de las problemáticas ligadas al género y la identidad, tan presentes en los debates públicos de hoy. Calle, como Puig, habla del yo poético en la obra de dos poetisas chilenas, pero su foco de análisis no es la vida pública como intelectuales, sino la vida privada como mujeres en una sociedad opresiva. El yo fragmentado de la poesía de Teresa Wilms Montt y Alejandra Pizarnik es la forma que asume la vergüenza frente a la presión del rechazo social y las imposiciones familiares. Ambas autoras, marcadas por vidas trágicas y suicidios tempranos, plasman en su escritura una fragmentación identitaria, una lucha contra el rol femenino impuesto y una búsqueda desesperada de sentido a través de la palabra. Según Calle, la poesía y, en general, la escritura, son para Wilms Montt y Pizarnik el único refugio donde su dolor adquiere sentido, aunque no las haya logrado salvar, en la práctica, de su destino trágico.

Julián Meza y Carolina Gómez también se refieren a la literatura femenina, y su análisis de tres cuentos de Clarice Lispector dialoga muy bien con el de Calle. Sin embargo, su perspectiva no vincula la biografía de los autores y sus obras, como los artículos de Calle y Puig, sino que se enfoca en la obra misma. Meza y Gómez evitan encasillar los cuentos en teorías feministas o psicoanalíticas, enfocándose más en la complejidad humana de los personajes y en la innovación literaria de Lispector, que prioriza la introspección y la ambigüedad sobre la trama tradicional. En contra del lugar común de la familia como un lugar seguro y poco amenazante, lo familiar en Lispector configura un espacio frágil, incluso muy difícil de habitar, donde los personajes deben ocultar su verdadera naturaleza bajo capas de culpa y vergüenza.

El artículo de William Díaz también centra su atención en la escritura femenina y se ocupa de las relaciones familiares, como los dos artículos anteriores. En Díaz, empero, la familia es la sinécdoque de una clase: la élite colombiana, que bien podría ser la de cualquier país latinoamericano. Igual que Meza y Gómez, Díaz plantea que la familia es un espacio frágil; junto a Calle, también ve a la familia como parte de un todo social que impone sobre las mujeres modos de conducta y valores permitidos y prohibidos. Su análisis de tres novelas de autoras colombianas parte de que la culpa y la vergüenza no son simples temas literarios, sino también y sobre todo fuerzas que moldean los actos narrativos. Narrar es, en cierto modo, lidiar con la

culpa y la vergüenza propias de quien narra. Por eso, todo acto narrativo supone evasiones, silencios y aplazamientos de aquello que, consciente o inconscientemente, la narradora se niega a ver: en este caso, claras relaciones económicas y de clase. Así, la culpa y la vergüenza no se expresan directamente en el lenguaje novelesco, sino que aparecen, tras una lectura a contrapelo, en aquello que no se dice.

La sección de artículos se cierra con el ensayo de Valentina Rodríguez acerca de la transferencia de la culpa en *El obsceno pájaro de la noche*. Igual que Díaz, el análisis de Rodríguez vincula la culpa a las relaciones de clase, pero lo hace de un modo más explícito, con una perspectiva sociológica más amplia. De acuerdo con Rodríguez, Donoso explora la culpa como un mecanismo de poder que se transfiere de los opresores a los oprimidos, pero estos, al acumularla, adquieren también una fuerza subversiva. Esta dialéctica social de la culpa se cristaliza en la figura del “imbunche”, esa criatura monstruosa de la tradición mapuche de un niño robado al que las brujas encierran y le cosen todos los orificios del cuerpo hasta idiotizarlo y dejarlo incomunicado con el exterior. La novela de Donoso también es, estructuralmente, un “imbunche”: un texto cerrado, fragmentado y repetitivo, donde la culpa circula sin resolverse.

Los artículos de este número monográfico dialogan y se complementan mutuamente. Significativamente, todos tienen algo en común: ninguno hace explícito el significado de las palabras culpa y vergüenza. Esto evidencia, por un lado, que culpa y vergüenza son términos complejos que no se dejan encasillar fácilmente; por el otro, que la crítica literaria es el mejor medio para desenvolver sus sentidos sin agotarlos, pues los capta en movimiento dentro de las obras de arte, como no pueden hacerlo otras disciplinas. No obstante, la lectura de los ensayos permite esbozar algunas ideas sobre estos dos conceptos. La primera y la más importante es que la culpa y la vergüenza no son emociones individuales, sino colectivas y sociales. Surgen del contacto del sujeto con la sociedad en cada momento particular. Por eso, en segundo lugar, implican relaciones de poder: económicas, sociales y culturales en un sentido amplio. Además, no solo constituyen temas en las obras artísticas, sino que pueden cristalizarse como elementos catalizadores de la forma. Quizás la culpa y la vergüenza son las cicatrices de las heridas que el proceso civilizatorio infringe sobre las obras humanas. Quizás, también, leer y comprender estas cicatrices permite desenvolver aspectos del mundo que se mantienen en la sombra y abrir el espacio de la utopía, tan necesario en estos tiempos que corren.

Este número de *LTHC* se complementa con dos traducciones. Ambas dialogan con los artículos centrales, pero amplían el problema hacia otros ámbitos. “Áyax culpable. Un mito con variaciones penales” de Hans-Ulrich Eckert es al mismo tiempo una reflexión sobre el mito del héroe griego y el derecho moderno. Esta perspectiva permite ver con claridad que el concepto jurídico de culpa, tal y como lo entendemos hoy, es idiosincrático de la sociedad moderna. En el contexto arcaico, en el que Áyax está obligado por su rango y su nombre a vengar la injusticia cometida contra él, el héroe no es culpable en un sentido estricto. Tampoco lo es, sorprendentemente, en la tragedia de Sófocles, cuyo centro de interés es el conflicto entre el individualismo heroico y las nuevas normas colectivas de la *polis*: su suicidio no es causado por un sentimiento de culpa, sino que es la respuesta lógica a la imposibilidad de adaptarse al nuevo orden. En contraste, en el derecho penal moderno la idea de culpa se fundamenta en las nociones, intrínsecamente frágiles y problemáticas, de responsabilidad individual y libre albedrío. ¿Qué queda de Áyax cuando se intenta comprender su caso en este contexto?

En los fragmentos de *O novo tempo do mundo* de Paulo Arantes que han sido traducidos para este número especial de *LTHC*, la palabra “culpa” solo aparece una vez, y “vergüenza” ninguna. Lo que ambas palabras denotan, sin embargo, está omnipresente en todo el texto. Aparece como el trasfondo que conecta los fenómenos más diversos en una prosa sin duda provocadora. ¿Qué tienen en común las cárceles estadounidenses, las oficinas de bienestar social, los centros de detención migratoria en Estados Unidos y los países europeos y la clasificación en los aeropuertos de los pasajeros entre los VIP y los demás? La espera y el tiempo muerto son mecanismos de control punitivo en el capitalismo contemporáneo, dice Arantes. Tal lógica punitiva se extiende desde las prisiones, que se han convertido literalmente en fábricas de cuerpos detenidos, hasta las oficinas de bienestar social, donde los beneficiarios son sometidos a humillaciones burocráticas. En la distribución socialmente desigual de la espera también se desnuda una visión particular del tiempo y del futuro: la aceleración capitalista exige velocidad, y castiga a los “rezagados” con inmovilidad. Pero la idea de espera, en la era del capitalismo avanzado que vivimos, ha perdido su horizonte, lo que permite que emerja como mero instrumento de la disciplina social.

Esta entrega de *LTHC* se cierra con una nota que abre aún más, si cabe, las reflexiones sobre la culpa y la vergüenza más allá del ámbito literario. Estas emociones se han vuelto estructurantes en la experiencia académica y social,

especialmente en carreras consideradas “inútiles” (como Estudios Literarios) o en trayectorias no convencionales (como una doble titulación en Letras y Biología). A través de testimonios personales y reflexiones críticas, las autoras de la nota analizan cómo estas emociones son herramientas de control social en un sistema neoliberal que valora la productividad y la eficiencia, y también dan cuenta de los efectos de estas herramientas en los movimientos estudiantiles y en la participación política de los estudiantes. Como formas de control, las emociones políticas de la culpa y la vergüenza tienen además un efecto despolitizador: inmovilizan a los sujetos al individualizar faltas cuya responsabilidad está en el sistema político y social. Así, ahogan la curiosidad, la crítica y la divergencia.

Las autoras de esta nota son Lina Pérez, Laura Rivera y Melissa Villegas, todas miembros del semillero de Investigación en Literatura, Culpa y Vergüenza, del Departamento de Literatura de la Universidad Nacional de Colombia. Sin la participación activa de este semillero, el presente número habría sido imposible. Los aportes de todos los miembros y las propuestas de nuevas lecturas durante los últimos dos años fueron fundamentales para la apertura de los horizontes críticos y literarios que este número requirió. Además de los estudiantes y egresados ya mencionados, agradezco a Jorge Luis Herrera por su traducción del texto de Paulo Arantes y a Valeria Castillo por su hermosa reseña de *La lógica de la crueldad*, de Joan Carles Mèlich, que abre la sección de reseñas. Un agradecimiento especial también a Jeniffer Fonseca, Gabriela Baquiro, Javier Micán, Gabriela Rodríguez, y Luis Fernando Sarmiento, quienes se vincularon al semillero desde el comienzo, propusieron lecturas y abrieron campos de reflexión nuevos para todos. No sería justo dejar de lado a quienes se han integrado posteriormente: Natalia Baquero, Jennifer Tique y Daniel Camilo Fajardo también hicieron importantes aportes durante las discusiones sobre algunos artículos, las traducciones, la nota y las reseñas. Matías Afanador, por su parte, asumió la tarea de traducir el texto de Hans-Ulrich Eckert, con excelente resultado.

Hubo también otras personas que se vincularon tangencialmente a este trabajo, pero nombrarlos a todos supondría dejar por fuera a otras personas. Solo cabe un agradecimiento especial al profesor Jorge Rojas Otálora, del Departamento de Literatura, por su iluminadora reseña de *Afrodita y Eros. Consideraciones sobre mito*, de Hugo Francisco Bauzá, con la que se cierra la sección de reseñas.

William Díaz Villarreal
Departamento de Literatura
Universidad Nacional de Colombia